



La historia es un arma cargada de futuro

FEDERICO LORENZ (UNLU/UBA/CONICET)
9 DE JULIO DE 2025

“El desconcierto del hombre ante el presente es resultado de su ignorancia del pasado”. Con esta frase, el historiador francés Marc Bloch, fusilado por los nazis en 1944 y autor del clásico *Apología para la historia o el oficio del historiador*, sintetizó la utilidad de su disciplina. La historia no es un mero registro de fechas y héroes, sino una herramienta para comprender las raíces de nuestros problemas, los mecanismos del poder y las luchas que han dado forma al mundo en que vivimos. En un mundo acelerado, donde lo urgente desplaza a lo importante, pensar históricamente nos obliga a detenernos y preguntarnos: “¿Cómo llegamos hasta aquí?” Marc Bloch, pionero de la Escuela de los *Annales*, insistía en que el pasado no debía estudiarse como algo muerto, sino como un proceso vivo que dialoga con el presente. Una crisis política, las desigualdades sociales o

incluso las discusiones sobre la identidad no se explican solo desde la inmediatez: son el resultado de largas trayectorias.

En su *Apología...*, Bloch escribió durante la Segunda Guerra Mundial, mientras Europa caía bajo la bota nazi. En lugar de refugiarse en el academicismo, defendió la idea de que el historiador debía ser un ciudadano comprometido: su trabajo ayudaba a desentrañar las mentiras de la propaganda y a encontrar salidas en momentos oscuros. No disoció el oficio del compromiso social, sino que ejercerlo era la forma de comprometerse, hasta dar la vida en su caso.

Hoy, frente a pandemias, conflictos bélicos o crisis ambientales, la historia ofrece ejemplos de cómo las sociedades enfrentaron adversidades en el pasado: es decir, es posible pensar que, si en el pasado los seres humanos superamos circunstancias extremas y muy difíciles, hoy también. El pasado no se repite, pero “rima” con el presente, late: las estructuras de poder, los miedos colectivos y las resistencias tienen ecos históricos.

La utilidad de la historia, entonces, no está en alimentar nostalgia, sino en dotarnos de herramientas para actuar. Bloch murió por defender sus ideas en un mundo en guerra; su legado nos recuerda que el conocimiento histórico es un acto de resistencia. La memoria es un campo de batalla, y la historia, cuando se ejerce con honestidad, es una trinchera contra el olvido y la manipulación. Pero, además, una herramienta para saber que si quienes nos precedieron imaginaron futuros mejores, nosotros podemos hacerlo también.

La historia sirve para el encuentro entre las generaciones, para reconocerse en una genealogía política, para imaginar futuros posibles. Pero para eso requiere esfuerzo y atención constantes, honestidad intelectual y, sobre todo, poner el cuerpo, evitar el encierro en un mundo erudito paralelo y sin vasos comunicantes con la sociedad viva, con ese olor a sangre humana que tanto estimuló la curiosidad de Bloch. Para eso, los historiadores deben asumirse parte de las sociedades que estudian, ya que como escribió en las primeras líneas de su *Apología*: “no imagino mejor elogio para un escritor que saber hablar con el mismo tono a los doctos y a los alumnos”.